

**MIS PREFERENCIAS EN LA OBRA BIOGRÁFICA
DE TOMÁS POLANCO ALCÁNTARA
PROF. GABRIEL RUAN SANTOS***

* Individuo de número de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales. Profesor de Derecho Administrativo y Derecho Tributario en la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB), en la Universidad Central de Venezuela (UCV) y en la Universidad Metropolitana (UNIMET). Abogado asesor y litigante. Ex-Presidente de la Asociación Venezolana de Derecho Tributario.

Varias veces he tenido el placer de escribir y pronunciar palabras en homenaje al Doctor Tomás Polanco Alcántara, mi antecesor en el Sillón N° 26 de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, acerca de su persona y de su obra, como jurista, como abogado en ejercicio, como profesor universitario, como historiador, como diplomático, como biógrafo, y como ciudadano ejemplar. En esta ocasión, quisiera comentar libremente dos de sus obras biográficas más conocidas y elaboradas, que causaron en mí honda impresión y profunda admiración, por el arduo trabajo de investigación, por el refinado estilo literario, por el detalle en la narración, por la amenidad del relato, y sobre todo por la imparcialidad y justicia con la cual trató a los emblemáticos personajes biografiados. Me refiero a Juan Vicente Gómez, *Aproximación a una Biografía*, y a Guzmán Blanco, *Tragedia en Seis Partes y Un Epílogo*.

Escribir sobre la historia de Venezuela con ecuanimidad y justicia siempre ha sido muy difícil, porque hasta años recientes la historiografía oscilaba entre la epopeya de los héroes y la detracción absoluta de los personajes reprobables de nuestra historia, con “criterio dogmático” como dijo don Ramón J. Velásquez, en el prólogo de “*La Caída del Liberalismo Amarillo*”, dentro del cual “se alaba y se condena sin términos medios. No se quiere ver la realidad en sus auténticos contornos. Pocos aceptan que en cada hombre y en cada situación la mezcla de lo malo y de lo bueno, de lo grandioso y de lo ridículo, forman el clima natural de la historia”.

En efecto, la historiografía ha sido de combate, para imponer relatos ideológicos, políticos, regionales y hasta étnicos. A mi juicio, los enemigos de cada régimen imponen una “leyenda negra” acerca del mismo, para provocar su caída, mientras que sus defensores implantan una “leyenda dorada”, para asegurar su continuidad, con alejamiento de la verdad histórica y con el oscuro propósito de mantener la división entre los venezolanos. Pienso que hombres como Caracciolo Parra Pérez, Augusto Mijares,

Mario Briceño Iragorry y Tomás Polanco Alcántara, buscaron la unidad e integración nacional a través de su compromiso con la verdad histórica.

Decía Polanco: “No resulta fácil colocarse en una actitud imparcial frente a Gómez, porque casi siempre existen, de por medio, fuertes reacciones afectivas, que a pesar de haber pasado más de medio siglo de su muerte—cuando escribió su obra— todavía no se han equilibrado. ... Mientras preparaba este libro, encontré personas de buena fe que me advirtieron, con toda seriedad, que el hecho de estudiar a Juan Vicente Gómez era ya rendirle un homenaje y que él no merecía ninguno... Las advertencias y comentarios como los indicados fueron tan numerosos y continuos, serios e importantes que llegué a considerar sensato desistir de mi proyecto, y desmontar la investigación que ya tenía muy avanzada.” Sin embargo, Polanco se afianzó en una actitud diferente: “El escritor debe defender a toda costa su derecho a decir lo que quiera sobre el tema que libremente escoja, y la forma de hacerlo es simplemente escribiendo sin vacilar ante presiones y controles”.

Continuó Polanco con su trabajo, con plena conciencia de lo que pasaría, “pues los gomecistas a ultranza—decía— difícilmente admitirán los comentarios negativos que tienen que hacerse sobre Juan Vicente Gómez, y su avaricia, crueldad y prepotencia”, y los antigomecistas absolutos condenarán con energía que se destaque la cierta e importante acción de su gobierno, “cuando acabó con las guerras civiles, pagó la deuda pública, hizo por primera vez la comunicación menos difícil entre las diferentes partes del territorio nacional, organizó el ejército y la Hacienda Pública, unificó el país e inició el control de la inmensa riqueza petrolera venezolana.”

En contraposición con destacados autores venezolanos, Polanco afirmaba que sería un “gran error” creer que la Venezuela de los 36 primeros años del siglo XX se reduce a la tiranía de un hombre, y aún más creer que nada se hizo y nadie destacó durante los años del gomecismo, pues sobran los hechos y pruebas en contra de esa creencia. En este aspecto, Polanco analizaba los hechos como un verdadero jurista, más que como un biógrafo.

Cabe destacar la diferencia conceptual que propone Polanco en su obra entre *importancia* y *grandeza*. “La grandeza supone especial categoría, actitud positiva, influencia creadora”, como en Bolívar, Beethoven o Cervantes. “Lo importante es diferente, puede o no estar unido a la grandeza, se caracteriza por una influencia o presencia tan poderosa, que sin menoscabo de la verdad y de la objetividad, no puede dejar de ser apreciada”.

Gómez tiene enorme importancia en la historia de Venezuela, aunque muchos le nieguen grandeza, tanta que su permanencia en el poder determina totalmente un período de nuestra historia, hasta el punto que algunos no dejarían de interpretar su presencia con la tesis del “titanismo histórico”. Frente a esta realidad, Polanco sostuvo que, a pesar de los dolores y trastornos severos que produjo su gobierno a muchas personas, muchas otras fueron beneficiadas. Los hechos negativos del régimen que implantó, con el apoyo de muchos, no pueden hacer olvidar la importancia que tuvo su presencia durante 36 años de la historia republicana, aunque ella tuviera rasgos de una monarquía de caudillo único, decimos nosotros. Para bien o para mal, la etapa gomecista trasciende a todo el siglo XX y deja una impronta indeleble en la vida nacional.

Particular referencia hace Polanco al mito de la ignorancia y primitivismo de Gómez. Decía que sus opositores crearon una imagen de Juan Vicente Gómez alejada de la verdad histórica, “porque un hombre zafio e ignorante, un campesino iletrado solamente conocedor de vacas, caballos y pastos, y con una lujuria insaciable, no puede haber manejado un país durante 35 años (27 con exclusividad) y seguir después de 50 años de su muerte, en la primera plana de figuración política.” En esto, coincidía con Polanco el historiador Manuel Caballero, quien rechazaba el “retrato enemigo” que hacían de Gómez los “centranos”, quienes veían en el hablar lento de Gómez, propio del montañés, “un signo de radical estupidez”. Probablemente, por no entender los elementos de su longevo poder.

Por ello, insistía Polanco que Gómez y su período debían ser examinados con seriedad y sin pasión, como lo hizo efectivamente, tal vez más que todos los que escribieron sobre el personaje, con sana crítica histórica, con análisis de los hechos realmente sucedidos, con cifras indiscutibles, con documentos fehacientes, con imparcialidad. Más allá de las anécdotas y los cuentos de tertulias. Sin embargo, como ha señalado el académico Enrique Urdaneta, que me ha precedido en la palabra, con la humildad que siempre le caracterizó, advertía Polanco que “su obra no es una historia del gomecismo ni de la época de Gómez, sino una aproximación biográfica a Juan Vicente Gómez”.

Años después, Tomás Polanco escribe su biografía de Guzmán Blanco. Nuevamente enfrenta el trabajo con la misma actitud con la cual llevó a cabo su biografía de Juan Vicente Gómez. Advierte, como dijo el bachiller Sansón Carrasco al don Quijote, que es “de toda imposibilidad imposible

componerle tal que satisfaga y contente a todos los que lo leyeren”. Pensaba, siguiendo al mencionado personaje cervantino, que quienes escriben historia diciendo mentiras o falsedades hacen un gran daño al pueblo. Motivo por el cual asume el riesgo de escribir con la verdad, aunque eso lo exponga al escarnio.

Efectivamente, pude ser testigo de lo temido por el Doctor Polanco Alcántara, porque después de haberme incorporado al Sillón 26 de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, escuché decir a algunos de sus contemporáneos que Polanco había escrito este libro adoptando una versión liviana de Guzmán Blanco, la cual pudiera complacer a los miembros de la Fundación Boulton, quienes le ayudaron de modo importante a realizar su obra autorizándole a utilizar libremente el archivo de Guzmán Blanco perteneciente a esa conocida fundación. Por el contrario, opino que hizo su trabajo con imparcialidad y justicia, describiendo los hechos como fueron, “sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna”, parafraseando al bachiller Carrasco.

Polanco introduce al lector en el conocimiento profundo de la persona de Guzmán Blanco, desde sus antepasados diversos, los hechos de su tierna infancia y juventud, el apego a su familia, el entorno caraqueño en que creció, la batalla que libró con todos los medios para alcanzar las posiciones que logró y vencer los menosprecios y rechazos hacia su abuelo paterno y hacia su padre provenientes de la clase aristocrática de la capital, la excelente educación que recibió y la cultura excepcional para su época que obtuvo, la estrecha relación con su padre y mentor Antonio Leocadio Guzmán, su filosofía liberal práctica, la rápida absorción de la mentalidad guerrillera y el manejo psicológico de los caudillos, la destreza para los negocios y el oficio jurídico, el dominio de la diplomacia y el conocimiento de los países importantes de occidente, el sentido agudo de la oportunidad y la conveniencia, y demás recursos que le permitieron el liderazgo hegemónico del país por 18 años, hasta el aburrimento final.

Polanco destaca la obra modernizadora de Guzmán Blanco, destinada a insertar a Venezuela en la economía capitalista de occidente y superar la fase agroexportadora elemental. Para lograrlo, cumplió con un programa liberal político, económico y cultural, a saber: continuación de la reorganización del Estado iniciada por el gobierno de Falcón y la Constitución Federal de 1864; la dominación persuasiva o por la fuerza de los caudillos regionales; desarrollo de la tarea de codificación y legislación, para impo-

ner efectivamente un nuevo orden jurídico integral basado en la ideología liberal francesa; la terminación de los privilegios de la Iglesia Católica y la instauración de un Estado laico; la introducción del registro civil y el primer censo de población y recursos; la implantación de la instrucción primaria gratuita y obligatoria y la instalación de numerosas escuelas públicas y colegios federales con nivel universitario, con la perspectiva de un Estado docente, que propiciara la igualdad ciudadana; el fomento de la inmigración europea para impulsar la economía; la planeación y ejecución de un plan ferrocarrilero nacional; la promoción de inversión extranjera para compensar la debilidad del capital nacional; la creación de la moneda nacional; la creación de territorios federales y ejecución de una política de fronteras; la animación de una burguesía comercial y financiera; la construcción de numerosas obras públicas, entre las cuales destaca el Capitolio Federal, el Panteón Nacional, el Teatro Municipal, numerosos puentes, el apoyo material a la Universidad Central; la creación de la Academia Venezolana de la Lengua; el auge de las actividades culturales; su pasión incansable, hasta el final de sus días, por recuperar el territorio de la Guayana Esequiba y obtener una decisión arbitral internacional justa; etcétera. En fin, como diría Ramón J. Velásquez: “El Septenio guzmancista es un tiempo de transición. Se borra todo un sistema social y una ordenación jurídica para dar paso a nuevos valores”. A lo cual se suma la búsqueda del progreso material de la sociedad, en toda su diversidad.

Pero Polanco no ocultó los aspectos reprochables de Guzmán. Su egolatría y vanidad que lo llevaron a levantarse estatuas en vida y autodesignarse presidente de la Academia Venezolana de la Lengua y rector de la Universidad Central; su obsesión por el boato; la compra de muchos intelectuales y la persecución implacable contra los que rechazaron la sumisión; la guerra a muerte progresiva contra sus adversarios políticos, llegando atribuirse personalmente la muerte de algunos; su escaso sentido del ridículo; la apropiación personal de bienes inmuebles de la Universidad Central; el estímulo a la adulación y la alabanza a su persona; los groseros honorarios que se atribuyó por la negociación de empréstitos públicos; el fracaso de algunas concesiones de obra pública durante su gestión; la concentración del poder en su persona, hasta dar paso a un “federalismo autocrático” o “monocracia central”, como dirían Velásquez y Arcaya, respectivamente; el acoso a las autoridades eclesiásticas y la expulsión de ciertas órdenes religiosas; y otros hechos difundidos hasta la saciedad por la

historiografía nacional. Sin embargo, cabe advertir que Polanco trato estos aspectos con documentación fehaciente y objetividad, sin apasionamiento, lo que podría explicar ciertas críticas contra esta biografía.

Polanco hace un balance de la obra de Guzmán Blanco muy equilibrado. Nos dice: “De todos aquellos que hasta ese momento y desde 1830 habían llegado en Venezuela a la jefatura del país, Guzmán en 1870 da la impresión de haber sido el que estaba rodeado de mejores circunstancias favorables. No tenía el procerato característico de Páez, Soublette, los Monagas y Gual; tampoco la sabiduría de Vargas, la nobleza de Tovar, ni el prestigio popular de Falcón, pero llegaba a conducir el gobierno con un conjunto condiciones que no reunió ninguno de sus predecesores”. En efecto, Guzmán era el más capacitado para la gerencia pública. Tenía mucho liderazgo personal, poseía experiencia directa y personal con el ejercicio de la suprema magistratura, con el manejo de la hacienda pública, con la actuación internacional de la República, tenía una adecuada combinación de vitalidad y madurez para ejercer el mando, apartó a la familia de la política, tenía indudable capacidad militar, a la par de mucho conocimiento y cultura, y un claro programa de gobierno.

Tanto Polanco como don Augusto Mijares, su antecesor en el Sillón 26 de esta Academia, hicieron un valiente y honesto reconocimiento a Guzmán Blanco, hombre desconcertante y contradictorio, cuyo apodo “Autócrata Civilizador” (Rondón Márquez) encerraba el contraste entre la virtud y el vicio en su ser. Dice Polanco, como lo había anticipado Mijares: más allá del famoso Decreto de Instrucción Primaria Obligatoria y Gratuita, dictado el 27 de junio de 1870, al inicio de su hegemonía, “la efectividad de Guzmán en materia educativa, señalaba Polanco, se pone de manifiesto en el hecho que para 1873, la educación popular contaba con 100 escuelas y 3.700 alumnos. En 1887, fin de la hegemonía de Guzmán, el número de escuelas habría subido a 1949 institutos educativos y el total de alumnos a 97.468. El asombroso crecimiento educativo se paraliza después de Guzmán”.

Polanco y Mijares, finos analistas históricos, tuvieron similar percepción de Guzmán Blanco como personaje central de la segunda parte del siglo XIX venezolano. Ambos comprendieron también que a pesar de su gran obra de gobierno, su reputación fue opacada por la pasión de mandar, la codicia, el despotismo, la vanidad y la intolerancia, y lo hicieron pasar a la historia como uno de los autócratas más odiados por sus contemporáneos, y lo que es peor, también por la posteridad, ya que luego de su muerte,

en la transición del liberalismo amarillo a la hegemonía andina, no hubo defensores de su memoria y legado, y por el contrario fue ferozmente castigado por la historiografía nacional. Mijares se lamentaba al afirmar que, no obstante, las condiciones personales de Guzmán y su entorno, que le hubieran permitido la “reconstrucción de la República... se contentó con montar un circo”. Tal vez por esta triste circunstancia, que enlodaba al personaje y perjudicaba el pasado de la República, Polanco Alcántara se hizo el propósito de escribir su biografía con sentido de justicia y objetividad, y creo que lo logró sobradamente.

Por todo lo expuesto, siempre he sentido el impulso de privilegiar como insuperables las dos obras biográficas comentadas, la de Juan Vicente Gómez y la de Antonio Guzmán Blanco, escritas por don Tomás Polanco Alcántara, con preferencia al resto de sus obras históricas y jurídicas, aunque sin desconocer el mérito de todas las demás, que lo distinguieron como un gran escritor.

Muchas gracias por la atención.

Caracas, enero de 2022